

## **¿QUIERES CONOCER A ANDRÉS?**

Vive con el un mes. Es un viejo dicho popular. El nombre en el refrán es una casualidad, el mensaje, en cambio, es veraz. Han transcurrido poco más de 30 días desde que inició el gobierno de AMLO y ya se vislumbran algunas situaciones preocupantes con relación a la manera en que la nueva administración toma sus decisiones económicas.

Más allá de las corrientes ideológicas a las que se opone el equipo gobernante, como el neoliberalismo, y las que favorece, que bien podrían insertarse en una especie de neo-estatismo, la mecánica con la que comienza a instrumentarse la agenda económica del gobierno muestra un perfil inquietante, por varias razones.

La primera es que no se percibe una estrategia central en las acciones gubernamentales, con objetivos claramente delineados. La lista de las 25 prioridades económicas de AMLO da la impresión de haberse construido a la trompa talega de la campaña electoral, por lo que igualmente incluye programas para reducir la desigualdad social, de dudosa eficacia, que proyectos de inversión cuyos beneficios netos de costos son bastante ambiguos.

Otro elemento que resalta en este primer mes de gobierno es la gran prisa por iniciar acciones, aun cuando no se conozca bien como efectuarlas, ni que consecuencias podrían tener muchas de ellas. Tal parece que es más importante estrenar los componentes de la agenda, y hacerse publicidad al respecto, que asegurarse que los programas de gobierno se harán bien y servirán sus propósitos. Un ejemplo claro es el de las becas para los jóvenes que no estudian ni trabajan, que entre más profundiza en su operación, más difícil se aprecia su desenlace satisfactorio.

Por otra parte, se observan enormes contradicciones en los criterios rectores de las decisiones públicas. Un ejemplo es el principio de austeridad, que parecería ser una aspiración primordial del Ejecutivo. Sin embargo la presunta frugalidad del gasto público contrasta con el dispendio tolerado en ciertas determinaciones. Así por ejemplo, se han reducido

los sueldos a los funcionarios gubernamentales y se han despedido burócratas para ahorrar dinero a la par que se han derrochando recursos al cancelar el NAIM, con un costo para el erario muy superior a los ahorros de la nómina gubernamental.

Otro aspecto inquietante es que varias de las acciones gubernamentales importantes se sustentan en diagnósticos, inexistentes, débiles o en algunos casos erróneos.

Los casos más ilustrativos son: la cancelación del NAIM, desacierto por excelencia, que se realizó a contrapelo de la opinión de los especialistas técnicos y financieros, nacionales e internacionales, a fin de cumplir un capricho gubernamental; la falta de rigor en la factibilidad económico-social de una nueva refinería en Tabasco o la del Tren Maya o la correspondiente a la disminución de impuestos en la zona fronteriza norte.

Destaca también la insensibilidad y la prepotencia gubernamental frente a la diferencia de opiniones. El caso más revelador es la respuesta del secretario de SCT a las estimaciones de José Antonio Meade de 145 mil millones de dólares por suprimir el aeropuerto de Texcoco. Frente a un cálculo serio del exsecretario de Hacienda, Jiménez Espriú recurrió a la burla al contestar que eran "cuentas alegres de un hombre triste", en vez de contrastar cifras y argumentos. La decisión gubernamental de cancelar el NAIM en todo caso muestra los resultados tristes de hacer las cosas al aventón.

Si el gobierno de AMLO sigue el derrotero de su primer mes, caracterizado por proyectos públicos casuísticos; acciones analizadas o instrumentadas al vapor; diagnósticos someros o a modo para justificar su actuación; desperdicio de recursos públicos y sordera a las sugerencias de sus asesores y especialistas competentes, el país no va a progresar, más bien, al cabo de pocos meses comenzará a retroceder. Vale concluir con otro refrán igualmente cierto: el que mal anda, mal acaba.

*Socio fundador de GEA Grupo de Economistas y Asociados*

